

Augusto d'Halmar

El maestro Gordon mi condiscípulo



ON diferencia de un curso, como entre nosotros dos había la de un año de edad, fuimos condiscípulos con Arturo Gordon, cuando el sabio patriota portorriqueño don Eugenio María de Hostos, regentaba el liceo Miguel Luis Amunátegui, de Santiago de Chile. Era durante el último quinquenio del siglo pasado y ambos apenas entrábamos en la adolescencia.

Entre nuestras clases figuraba la de dibujo, más bien lineal, más que nada geométrico, a cargo, me parece, del propio profesor de francés señor Seguel, un hombre esférico, con una pronunciación meridional. Nos enseñaba a decir «pen», «ven» y «bonsuer» (por bonsoir) y gracias a eso en París siempre me creyeron de la Cannebière.

No recuerdo si Arturo Gordon descollaba o no en la lengua de Racine, pero sí sé nos dejaba atónitos por sus dotes de dibujante, bastándole tres trazos para expresarse con el lápiz como hubiera podido hacerlo por medio de la caligrafía. Lo curioso es que esta facultad

no le era grata al profesor, que siendo todo él romboide y elíptico, hubiera preferido en su alumno menos claroscuros, menos perspectivas y más precisión en las líneas de un rombo o una elipse.

Es muy posible corriéramos juntos con Arturo, los primeros galanteos, arte en la cual iba también a ser maestro a lo largo de su no muy larga y asendereada vida. Ciertas vecinitas de la calle de Santo Domingo, traían de cabeza a los estudiantes del primero A y B y del segundo del Amunátegui. Y yo no puedo pensar sin sonrojo en nuestro debut bajo sus balcones, pues un malhadado traspies hizome medir la calle y partirme contra la solera uno de mis escarpines de charrol, dejando escapar el pie por la hendidura, pero impidiendo equilibrarme... Otros peores tropezones había de dar mi compañero al proseguir por su cuenta y riesgo esas malandanzas.

Gordon era más bien bajo, menudo, de un moreno cetrino, pese al apellido, aunque tuviera por lo menos la flema y el empaque sajón y una voz prematuramente grave y una precoz gravedad, apenas si acentuada con el tiempo, tanto es cierto que perduran genio y figura. Un si es no es dogmático y bastante irónico, mantenía a raya a sus interlocutores, y como en aquella época no estuviera aún en boga el fácil tuteo de ahora, pocos se atrevieron a emplearlo a veces con él y nunca me permití yo hacerlo. Afectuosamente evoqué, no hace mucho, en mis «Recuerdos Olvidados» esa etapa, creyendo sinceramente halagarlo; pero él protestó de que

alguien con la cabeza encanecida como yo, pretendiera ser contemporáneo con otro sin una cana como él se conservó hasta el último y, por todo comentario, me enrostró petulantemente haberme salido siempre con una de las mías, o sea con alguna petulancia. Es cierto que fuimos asimismo conterráneos en ese petulante Valparaíso, donde nacieron no pocos de los mayores artistas de este país y adonde ninguno logró vivir nunca. De ahí, hace cortos meses, después de vegetar años como se vegeta ahí, escapó para morir el pintor Arturo Gordon. La capital le rinde a ese porteño su primer homenaje y me es grato dedicárselo en nombre de nuestros paisanos, como es natural, ausentes.

Pero entendámonos: yo no esbozo una biografía oral o escrita, sino una sumaria portada para el catálogo de la exhibición oficial retrospectiva de su obra pictórica, su gran labor hasta esta su muerte reciente y prematura.

Reunir esta obra, sería abarcar todo un ciclo de nuestro desenvolvimiento artístico, pues, aunque en pos de los tres guías fundamentales de la pintura en Chile Lira su maestro, Valenzuela Puelma, mi maestro Juan Francisco González, él no representa menos a su generación, nuestra valiosa y valerosa generación, donde los dos volvimos a ser los camaradas—jefes del movimiento do 1900.

En esa evolución ocupa Arturo Gordon rango aparte, por su bien entendido y mejor expresado criollismo, algo así como Humberto Allende en el folklore musical patrio. Sin embargo, paréceme difícil, si no impo-

sible, poder presentar sus dibujos de cuando fué uno de los mejores ilustradores del «Zig-Zag» y el mejor para mis cuentos, habiéndose reproducido con gran éxito en los Estados Unidos y en Inglaterra mi «Antiparras del conspirador», gracias sin duda a su colaboración gráfica; exhibir igualmente sus aguafuertes y grabados de una sobria maestría técnica; y como final y corolario, sus «Interiores» donde se resume la vida típica campesina. Hay la «Novena del Niño-Dios»; hay el «Velorio del Angelito»; hay los «Bailes» y los «Santos». De las ciudades y los pueblos hoy los «Cafés» y las «Tabernas», o las «Reuniones» de marineros, mineros u obreros. Y las penumbras infantiles de sus primeros bocetos, reaparecen con rembrandtescos toques, en una atmósfera como esotérica que nadie hasta él había sabido infundirle a esos temas nacionales. No será el pintor épico del pueblo, pero sí es el más familiar y a la vez menos chabacano de sus intérpretes y si bien su pincel lo estiliza, nunca lo caricatura.

Quedan todavía los Paisajes y las Marinas, Desnudos y Retratos, con su característico acento. Su personalidad va marcándose tan inconfundiblemente en su producción que, en verdad, casi huelga para los entendidos su firma estampada al pie.

Su gama, de notas intensas y cálidas en sordina, debe recorrerse con respetuosa parsimonia, porque no hay nada casual sino causal en esa paulatina formación de un carácter y una voluntad; nada improvisado en

esa prosecución y consecución lentas de un ambiente y una manera. No olvidemos que si el talento es una larga, larga paciencia, sólo aparentemente se substraen a ella las genialidades del arte.

He ahí como, el malogrado pintor con su exposición póstuma y el crítico superviviente, con su opinión aleatoria, coincidimos otra vez como verdaderos y efusivos condiscípulos, ¡ay! por la postrera vez. Porque un camarada que se nos va nos acerca a nuestra propia anulación y hacia el juicio final de la posteridad.